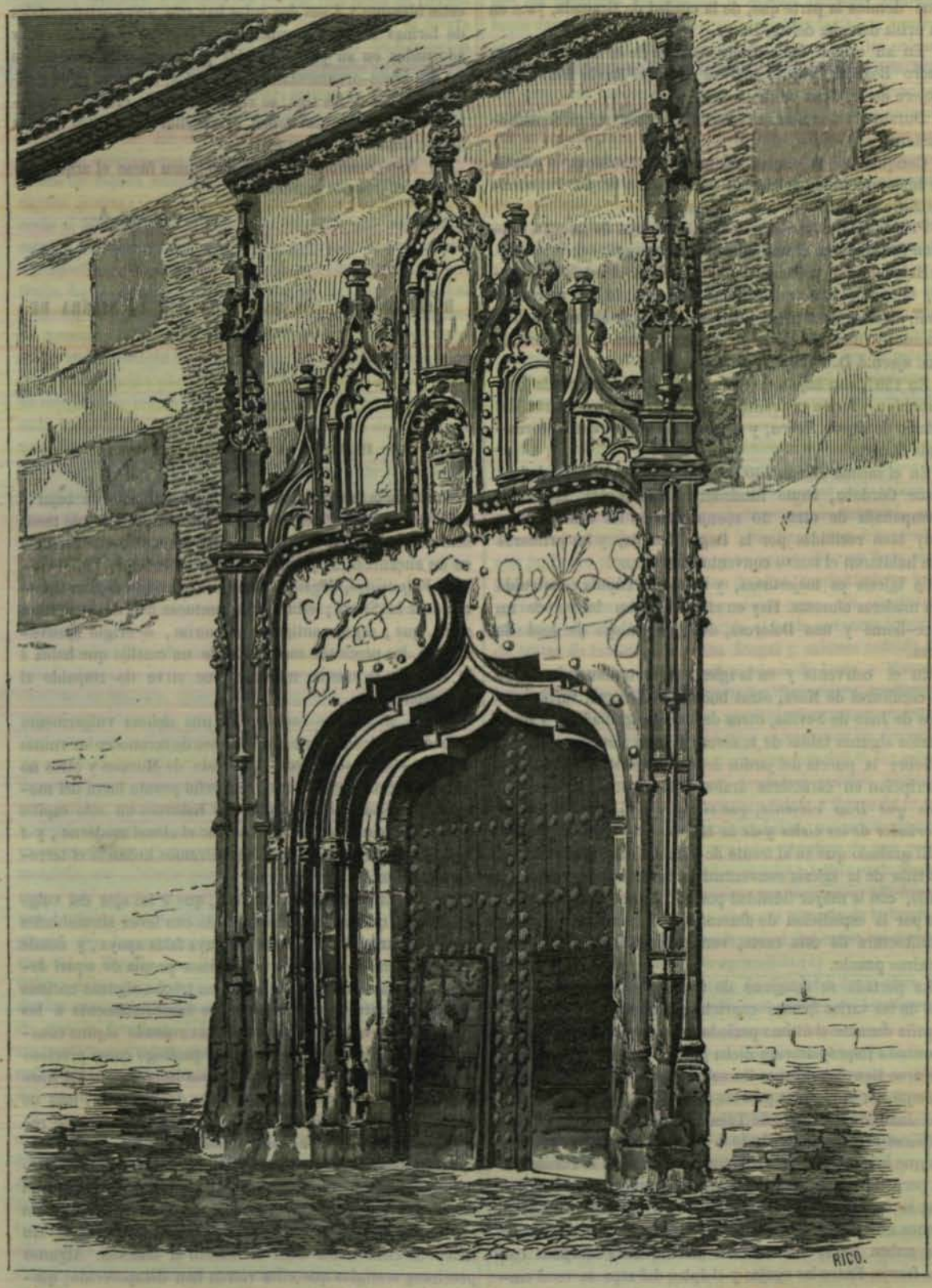
CONVENTO DE SANTA ISABEL EN GRANADA.



Portada de Santa Isabel en Granada,
copiada de una prueba fotográfica hecha por D. Eduardo García.

El edificio que hoy es convento de monjas de la observancia de San Francisco, bajo la advocacion de Santa Isabel, está situado en el Albaicin, al borde de la grande eminencia que domina la parte que, de la ciudad de Granada, yace en la orilla derecha del rio Darro.

En su origen fue espacioso palacio de la madre del Rey moro Boabdil; por lo cual se le llamó *Darla Horra*, que quiere decir, *Casa de la Honesta.*

Durante la dominacion islamita fue casa religiosa mahometana.

Conquistada la ciudad por los Reyes Católicos, el palacio se hizo en seguida propiedad y habitacion de D. Fernando de Zafra secretario de la Reina Isabel.

Pronto este magnate le dedicó á los usos de nuestra religion fundando en él un convento de monjas.

Habiendo ido la Reina Católica á visitar el establecimiento, la agradó tanto que le tomó para que, bajo el patronato Real, sirviese de retiro á ilustres damas que abandonasen el mundo; y mandó á su secretario elegir para sí otro sitio; lo cual ejecutó D. Fernando de Zafra.

En 1507, con objeto de dar al edificio mas adecuada distribucion y forma conventual, se demolió gran parte del palacio de *Darla Horra;* y pocos años despues quedó terminada la obra.

En el mismo año de 1507 se trasladó á él, de Real órden, desde Córdoba, como fundadora, Doña Luisa de Torres acompañada de otras 20 monjas; todas las cuales fueron muy bien recibidas por la Regia familia, y las primeras que habitaron el nuevo convento franciscano.

La iglesia es majestuosa, y tiene una cúpula construida con maderas olorosas. Hay en ella dos bellos bustos de un Ecce-homo y una Dolorosa, delicado trabajo de José de Mora.

En el convento y en la iglesia se custodian, además de as esculturas de Mora, otras buenas de Becerra, varios cuadros de Juan de Sevilla, otros de escuela granadina, y en el retablo algunas tablas de la severa escuela alemana.

Sobre la puerta del jardin del convento se conserva esta inscripcion en carácteres árabes africanos:—*No hay mas Dios que Dios viviente, que siempre está despierto: él es el criador de los cielos y de la tierra.*

El grabado que va al frente de este artículo, representa la portada de la iglesia conventual de Santa Isabel, y está copiado, con la mayor fidelidad posible, de una fotografia hecha por la espedicion de alumnos de la escuela especial de arquitectura de esta corte, verificada en el verano del año próximo pasado.

La portada se compone de un ingreso cuyo *arco* tiene una de las varias formas caprichosas que se le dieron en España durante el último período de la arquitectura *ojival ó apuntada* impropiamente dicha *gótica.* La periferia inferior del arco tiene las mismas líneas que las ventanas del claustro superior y algunas puertas del convento franciscano de San Juan de los Reyes de Toledo, (erigido tambien por los Católicos monarcas Fernando é Isabel,) ademas de otros arcos que hemos visto en diferentes puntos de la Península. La periferia superior añade, á las líneas anteriores, dos curvas; lo cual es una circunstancia que en ninguna otra parte hemos observado. La puerta está flanqueada por dos agujas que suben desde el suelo hasta una cornisita adornada con una franja. Entre las agujas y el ápice del arco se ve el emblema ó empresa de los Reyes Católicos, á saber: *un haz de flechas,* á la derecha del espectador, y *un yugo,* á la izquierda. Mas arriba en el centro, las armas de Castilla y Leon contra-acuertaladas con las de Aragon y Sicilia, timbradas con una corona real, y por tenante un águila. Sobre estos blasones y á sus dos lados hay tres arcos ornamentales de formas no menos caprichosas que las del ingreso, y adornados en su parte superior por frondarios. Debajo de los dos arcos-ornamentales de los lados, asi como en la periferia inferior de los tres, se ven adornos de cresteria cairelada. Todos los arcos tienen el sencillo adorno de bolitas que se denomina *pometado.*

Es bien sensible el no saberse quien fuese el arquitecto de este interesante monumento.

M. DE A.

RECUERDOS DE UNA ESCURSION POR LA SIERRA DE CÓRDOBA.

—

ARTICULO II.

LA DEHESA DE CÓRDOBA LA VIEJA.

Con toda la fuerza del sol, y no poco fatigados de bajar y subir barrancos, si bien menos asendereados de lo que temimos por algunos breves y deliciosos descansos que hicimos en las encantadoras y embalsamadas umbrías de *Vallermoso y Valparaiso*, llegamos al famoso convento de San Gerónimo de la Sierra, edificacion suntuosa del décimoquinto siglo, que, segun antiguas memorias, se erigió aprovechando los preciosos materiales de un castillo que habia á la falda de la misma montaña que sirve de respaldo al monasterio.

Donde estaba ese castillo hay una dehesa vulgarmente llamada de *Córdoba la vieja.* El deseo de reconocer las ruinas que en ella describieron Ambrosio de Morales y otros no menos juiciosos escritores, nos echó pronto fuera del monasterio geronimiano, donde no hallamos un solo capitel que no hubiera sido reformado por el cincel moderno, y á la media hora de bajada nos encontramos hollando el terreno apetecido.

La dehesa de *Córdoba la vieja*, que á los ojos del vulgo no es mas que un llano descampado con leves sinuosidades hácia la parte de la Sierra en cuya falda apoya, y donde sobre la viciosa vejetacion espontánea propia de aquel delicioso clima descuellan de trecho en trecho algunas encinas é higueras silvestres, se descubre inmediatamente á los ojos del observador atento como vasta ruinade alguna construccion importante, y á los del arqueólogo como precioso depósito de una de las páginas mas interesantes del libro monumental: página lastimosamente despedazada, mas no del todo perdida. Merced á nuestra natural incuria, por regla general deplorable, ahora por escepcion beneficiosa, consérvanse hoy las ruinas de *Córdoba la vieja* próximamente en el estado mismo en que se hallaban á fines del Siglo XVI y principios del XVII, cuando nos las describian el cronista de Felipe II y el licenciado Diaz de Rivas sin saber de cuan noble cadáver hacian la filiacion. Algunos preciosos vestigios que ellos vieron han desaparecido; quizás han sido cubiertos por la lenta crecida del terreno. Lo que hoy allí principalmente se advierte es una elevacion de

forma rectángular y superficie llana, de unos ciento setenta pasos de longitud, con declives por los tres lados de Oriente, Poniente y Mediodía, y por el Norte unida á la Sierra con varios montículos de forma irregular, no de formacion natural, sino de escombros, en que fácilmente se hallan trozos de piedras bellamente labradas, lastras de mármol rotas y otros objetos, con solo remover la masa pulverulenta que cubre la yerba. En el centro mismo del límite meridional de la alta planicie que domina la llanura, hay un hueco cubierto de espesa maleza, como indicio de haber existido alguna puerta, y desde este punto de la esplanada parte recta al Mediodía por lo bajo de la campiña una especie de calzada que finaliza en un objeto informe de argamasa y mamposteria, pié tal vez de algun robusto torreon de entrada. La singular planicie que acabo de describir, obra evidente de los hombres y no de la naturaleza, ¿es un mero terraplen ¿ó es el resultado de un hundimiento que conserva quizá intacta la planta baja de alguna construccion palaciana? ¿Quién podrá hoy saberlo? No faltan allí por cierto reliquias de otras grandes construcciones, y cuando otra cosa no hubiera, bastaria un soberbio ramal de acueducto que sale del costado de Oriente de la indicada plaza en direccion Sudoeste, todo revestido interiormente de durísima costra de betun liso y bruñido como escayola, para persuadirse de la gran probabilidad de poder exhumar en este paraje muchos tesoros del arte.

Es verdaderamente cosa de admirar que no hayan antes de ahora conocido nuestros modernos anticuarios que clase de ruinas eran las que la dehesa de *Córdoba la vieja* encerraba.

Obcecados por el error en que incurrió Ambrosio de Morales, obstinado en ver en aquel campo las reliquias de la Córdoba de Marcelo, dieron todos por supuesto que aquellas ruinas eran romanas; y al mismo tiempo, noticiosos á medias por las historias árabes puestas nuevamente á la moda, de que habia existido no lejos de Córdoba, en la época mas floreciente del califado, una residencia real de construccion maravillosa, que habia sido la admiracion y asombro de los viajeros de todas las naciones, buscaban con afan su huella, ya en las orillas del Guadalquivir, ya en otros puntos de la montaña, sin advertir que lo que sin exámen tenian por romano, era cabalmente reliquia del arte árabe-hispano en su mas brillante y esplendorosa manifestacion. Nadie se imaginaba que los restos de los palacios mas sorprendentes que vió la España musulmana, estaban sepultados en una dehesa de un mayorazgo de provincia. Y sin embargo, todos los escritores árabes de mas autoridad estaban indicando que la hermosa joya de Abderrahman-Annasir yacia perdida y olvidada á tres millas de la ciudad de Córdoba entre Norte y Poniente, donde está precisamente tendida la dehesa de *Córdoba la vieja*.

Los fragmenos que allí por mi propia mano recogí son una preciosa confirmacion que hace el arte de la veracidad de las noticias geográficas que los árabes nos legaron: cualquier conocedor que los observe se convencerá al punto de que los edificios de que formaron parte solo han podido pertenecer á la época mas próspera del calificado cordobés. En ellos están reunidos todos los elementos de la ornamentacion mas bella y graciosa que creó el Oriente y regularizó el genio razonador de los pobladores del archipiélago: las *postas* que remedan las olas de la mar; los *meandros* ó grecas de listones que se interrumpen y cortan en ángulos rectos; los *enlaces* ó *entrelazos*, combinacion feliz de líneas rectas y curvas que imitan las trenzas del cabello de la mujer; las *palmetas* en que con la mayor donosura alternan hojas agudas y hojas obtusas, unas replegadas hácia dentro, otras hácia fuera, imitacion del *loto* asirio y de las palmas fenicia y tebana; el *acanto silvestre*, tan parecido á la hoja del punzante cardo; el *tulipan* y la *flor* de *loto*, graciosa importacion del arte de Persépolis, al cual fue comunicado por la arquitectura de Nínive y Babilonia. Capiteles hay por último allí medio enterrados, que podrian sostener la competencia con los capiteles corintios del famoso monumento de Lisícrates, y que están pregonando una restauracion del mas puro gusto artístico llevada á cabo en la corte de los Amires andaluces durante los siglos IX y X por el genio de los artífices de Bizancio.

Puedes facilmente concebir, lector amigo, cuál seria mi júbilo al reconocer de una manera tan inequívoca, confirmada por el testimonio conteste del arte y de las historias arábigas, que el terreno que estaba pisando era el mismo en que habian tenido lugar las escenas mas románticas y novelescas, mas grandes é importantes, mas memorables é inauditas de que conservan memoria las tradiciones y los anales del califado andaluz. Comunicado á mis compañeros mi entusiasmo, exceptuado solo el catalan chiquito y gordo, que se dió por satisfecho despues de almorzar en la Albayda y se volvió solo á Córdoba caballero en su jumento, nos dimos todos á rebuscar piedras labradas y otros fragmentos que pudieran ofrecer interés, y en menos de una hora apilamos una considerable porcion de ellas, trasladándolas luego á los serones en que otro paciente asno, allí oportunamente aparecido, habia conducido al hasta entonces ignorado teatro de tantas glorias una frugal y sabrosa comida de fiambres, pasteles, frutas y ricos vinos de Jeréz y Manzanilla. Recorrimos el campo en todas direcciones, medimos, hicimos conjeturas, tomamos apuntes, formamos nuestro plan de restauracion mas probable, recordamos las descripciones de los anticuarios que nos habian precedido sin saber lo que analizaban, disputamos, charlamos mucho, hicimos grande ejercicio, y por último, rendidos, y llenos de fe en los resultados de nuestro descubrimiento, nos acomodamos lo mejor que pudimos sobre la verde alfombra de una pradera vecina, en torno del blanco mantel tendido en la yerba y repentinamente cubierto de apetitosos manjares. Allí fue el referir yo á mis amables comensales la historia de la fundacion de la maravillosa Medina-Azzahra, tal como en diversas leyendas arábigas la habia aprendido.(1)

Déjola consignada en mi tomo de *Córdoba* de la obra de Recuerdos y Bellezas de España que publica mi inteligente é infatigable amigo Parcerisa; y hace ademas escusado el repetírsela aquí al lector, la circunstancia de haber ya dado á luz en el Semanario una curiosa série de artículos sobre *Medina-Azzahra*, el juicioso y aprovechado escritor D. Francisco J. Simonet, tomando por base la narracion de Almakkari, y mis pobres conjeturas consignadas en el mencionado tomo de Córdoba acerca del carácter del arte en tiempo de Al-hakem.

Suplirá la falta de mas estensas descripciones el dibujo fiel de los fragmentos que en *Córdoba la vieja* recogí, y que acompaña á las presentes líneas. El exámen de estos preciosos restos podrá quizás contribuir á hacernos menos

(1) El erúdito arabista D. Pascual de Gayangos, hace en su version inglesa de la *Historia de las dinastías muzlemitas* de Almakkari, una interesante recopilacion de estas leyendas.

incrédulos respecto de muchas cosas que nos parecen puras exageraciones de los historiadores porque vivimos muy distantes de aquellas grandes monarquias de Oriente, de las cuales fueron los califados de Bagdad y Córdoba los últimos recuerdos.

Seria tarea interminable el referir una por una las bellezas que el arte y la naturaleza de consuno aglomeraron en el delicioso recinto de Azzahra, en ese mismo recinto descarnado y desnudo que hoy sirve de pasto á las toradas del Marqués de Guadalcázar, y donde el dia 27 de mayo del

Fragmentos que posee D. Pedro de Madrazo, recogidos en la dehesa de Córdoba la Vieja.
copiados del natural por D. Cecilio Pizarro.

año 1853 cuatro amigos curiosos, sin mas testigos que un burrero, tres caballos, dos jumentos, y los pájaros y animauchos de la comarca, alucinados por una falsa esperanza, de esas que no se realizan jamás en los paises que vejetan en el fango del positivismo, bridábamos entusiasmados á la restauracion de la reaparecida perla de la civilizacion arábigo-hispana.

PEDRO DE MADRAZO.

Preguntado el filosófo Thales—*¿qué cosa era facil?*—respondió: — *aconsejar: Todos cuando estamos sanos damos buenos consejos á los enfermos.*

A un joven opulento que se acompañaba con una turba de parásitos le dijo Crates;—*tengo lástima de tu soledad.*